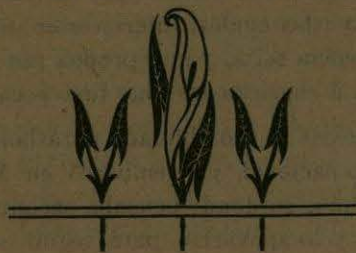


El Gobierno Constitucional que existía desde 1857, fué sustituido por una dictadura militar, al frente de la cual se encuentra desde entonces, salvo una pequeña interrupción, el General Díaz.

En los capítulos siguientes, veremos como cumplió este jefe las promesas que hizo á la Nación, y cual ha sido la influencia de su gobierno sobre sus destinos.



CAPITULO II

EL GENERAL DIAZ, SUS AMBICIONES, SU POLITICA Y MEDIOS DE QUE SE HA VALIDO PARA PERMANECER EN EL PODER

Hasta ahora hemos conocido al señor General Porfirio Díaz como valeroso caudillo en la guerra de la segunda Independencia, y más tarde como incansable revolucionario, y constante perturbador de la paz; veamos ahora que conducta ha observado como gobernante. Pero antes de proseguir nuestra narración, abramos un paréntesis para estudiar la interesante personalidad del hombre que ha sido por más de 30 años árbitro de los destinos de nuestra Patria. Poco tendremos que decir de él, puesto que habiendo gobernado al país por tanto tiempo, ha llegado á ser la encarnación de un principio: el del poder absoluto; mientras

que si seremos muy extensos al tratar de las consecuencias de su sistema de gobierno.

*
* *

Su carácter. El General Porfirio Díaz es de estatura alta, complexión robusta, porte marcial, mirada penetrante; su semblante revela la energía y la tenacidad de su alma. Al verlo, aun en fotografía, revela un aspecto de esfinge; parece que encierra un gran misterio; que oculta cuidadosamente en el fondo de su alma un pensamiento intenso, una idea fija, que sólo se manifestará incidentalmente por hechos trascendentales, pero que normará los actos de su vida toda.

Procuraremos descifrar ese misterio, y al hacerlo, encontraremos la clave de muchos de sus actos que no podrían explicarse de otra manera.

La energía de su carácter la ha aplicado al dominio de sí mismo: sólo el hombre que sabe dominarse, puede dominar á los demás.

Como resultado de ese dominio, es muy metódico en todos sus actos, sumamente madrugador, incansable para el trabajo y sobrio en el comer y en el beber, lo cual le permite ser siempre dueño de sí mismo.

Este régimen le ha permitido, á los 78 años, conservar relativamente gran vigor material é intelectual, pues para un hombre de tan avanzada edad, es asombrosa la labor que desempeña.

Su vida privada es intachable. Como padre de familia, ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la corrección, modestia y actividad de su hijo; como esposo, es un modelo, pues á su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que se merece.

Estas virtudes domésticas nos revelan que la alta per-

sonalidad que venimos estudiando no es un hombre vulgar, como lo hacen aparecer sus enemigos.

El General Díaz, se conmueve fácilmente: «lágrimas de cocodrilo,» dicen sus detractores; pero para formular ese juicio, sólo los guía la pasión, la cual impide comprender que las lágrimas nunca son fingidas, pues nadie tiene el poder de hacerlas brotar á voluntad.

Por este motivo y por el modo de ser del Gral. Díaz, nosotros sí las juzgamos sinceras, pues bajo su semblante de bronce, late una alma humana, y como humana sensible.

La sensibilidad no es prueba de debilidad y menos aún en el General Díaz, que nos ha demostrado cómo sabe dominar hasta ese sentimiento, para subordinarlo, como todos los actos de su vida, á la idea fija, dominante, que hemos descubierto en el fondo de su alma.

Como administrador, siempre ha sido íntegro, de lo cual dió una prueba brillante cuando entregó al Sr. Juárez. . . . \$300,000.00 que tenía como sobrante en la caja del cuerpo de ejército que estaba á su mando.

Muchos de sus enemigos aseguran que se ha enriquecido considerablemente en la Presidencia, y que posee. . . . \$60,000,000.00 en el extranjero; pero no aducen ningunas pruebas, pretendiendo que sería muy difícil y peligroso buscarlas bajo el régimen actual de gobierno. Por este motivo, generalmente se da crédito á los rumores más absurdos; pero nosotros, fieles á nuestro propósito de hacer un estudio concienzudo, decimos resueltamente que no damos crédito á tales rumores, fundándonos en sus costumbres tan sencillas, en la educación que ha dado á su hijo, haciéndolo trabajar para que labrase de un modo lícito su fortuna; en que su administración, se ha distinguido por el orden en el manejo de los caudales de la Nación, sin el cual hubiera sido imposible nivelar los presupuestos y presentar sobrantes en la Tesorería. Además, un hombre que tuviera tal sed de dinero, sería un ente vil, completamente despreciable, y nunca hubiera poseído ni la energía ni el prestigio suficien-

tes para dominar por más de 30 años á la República, ya que felizmente no está á tal punto perdida la dignidad nacional.

El General Díaz en sus actos ha dado siempre pruebas de gran modestia; pero no cabe duda que le agrada la lisonja y que esa modestia no es sino aparente, no es sino el resultado del gran dominio ejercido sobre sí mismo, el cual le hace dar á todos sus actos la apariencia que él desea, para coadyuvar al fin tenazmente perseguido en la realización de su idea fija.

Lo anterior es demasiado conocido; todo el mundo sabe los elogios exagerados que hacen al General Díaz los órganos subvencionados con fondos del gobierno, y todos los que, por cualquier motivo, reciben sueldo de la Nación.

Además, el hecho de haber permitido que se celebrara como día de fiesta nacional el 2 de Abril, denota muy poca modestia.

El debe comprender que no es á sus contemporáneos á quienes toca juzgar sus actos, sino á la historia, y hubiera sido más prudente esperar el fallo de ésta, no dando su consentimiento para que se celebrara ese aniversario, puesto que corre gran peligro de que no se vuelva á conmemorar después de su muerte.

Como una prueba de tantas que podría citarse sobre la exagerada adulación de sus amigos, vamos á referir el siguiente caso:

Por casualidad llegó á nuestras manos un librito impreso el presente año, titulado «El ejemplo de una vida» «Porfirio Díaz y su obra» «Para los niños; para los obreros, para el pueblo,» el cual fué distribuído profusamente en Monterrey por el elemento oficial. En ese librito, cuyo autor ocultó prudentemente su nombre, quizás porque se avergüenze él mismo de su obra, en la página 24, al pie de una fotografía del General reaccionario Leonardo Márquez, dice lo siguiente: «.....el General Díaz lo derrotó siempre, desde el primer encuentro en Jalatlaco, en que

venció con 272 hombres á cerca de 4,000 con 11 Generales entre ellos los Cobos y Negrete.....»

Esa es la inexactitud más estupenda; pero vienen muchas otras por el estilo.

Probablemente se imprimió esa obra con fondos del gobierno, pues no es de esperarse que un particular anónimo, hiciera ese gasto tan fuerte; pero de cualquier modo que sea, es indudable que ha circulado con el consentimiento, por lo menos tácito, del Gral. Díaz.

Otro hecho bastante significativo, demuestra que al General Díaz no solamente le agrada la lisonja, sino que ve con desagrado tributar elogios á otro que no sea él, es el no haber permitido, en la Capital de la República, la erección de un monumento á Juárez; cosa rara, si se tiene en cuenta que el General Díaz, por la posición oficial que ocupa, debía ser el más celoso guardián de las glorias nacionales y tener predilección especial por el Indio de Guelatao, hijo de su mismo Estado Natal; su maestro, en las aulas, su correligionario y jefe durante la guerra de Reforma; su bandera durante la guerra de Intervención y á quien se han erijido monumentos en todo el territorio Nacional, con motivo del centenario de su nacimiento.

Hemos visto cuales son las virtudes del estadista que nos ocupa; también hemos descubierto algo de vanidad tras su aparente modestia; procuremos ahora descifrar el misterio que oculta bajo su aspecto de esfinge; la idea fija que nos revelan su semblante y su mirada.

Aparentemente encontramos grandes contradicciones en sus actos:

Cuando por primera vez se levantó en armas contra el gobierno constituído, decía en su proclama de la Noria: «... En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo ni empleo de ninguna clase;» y vemos que al triunfar en Tecuac, se fué directamente á la Capital de la República y tomó

posesión de la silla presidencial, que con sólo un intervalo de cuatro años ha ocupado desde entonces.

Por dos veces ha ensangrentado el país con la guerra civil, para conquistar el principio de no-reelección, y á pesar de ello, se ha reelecto cinco veces y apoyado á los Gobernadores de los Estados para que hagan otro tanto.

Mientras estuvieron en el gobierno Juárez y Lerdo, fué el constante perturbador del orden, y después que él ha empuñado las riendas del poder, se ha convertido en el héroe de la paz.

Cuando el General Díaz hizo sus revoluciones, no tuvo en cuenta que la Nación necesitaba más que nunca de la paz para consolidar su crédito en el extranjero y poder restañar sus heridas; mientras que ahora ha llegado á dar gran importancia al hecho de que los bonos del gobierno bajaran algunos puntos cuando él estuvo enfermo en Cuernavaca.

Por último, lo vemos conferir puestos públicos de importancia á los que han sido sus enemigos y aun á quienes han conspirado contra su vida, mientras persigue á algunos de sus amigos que lucharon con las armas en la mano porque él subiera al poder y que profesan sus mismos principios democráticos.

Estas aparentes contradicciones nos servirán admirablemente para descubrir cuál es la idea fija del General Díaz; cuál es el móvil de todos sus actos.

En su proclama de la Noria afirmaba no tener ninguna ambición para ocupar puestos públicos, y después de Tecuac ocupa la Presidencia á pesar de los convenios de la Capilla.

Esto nos demuestra que no eran sinceros sus ofrecimientos de la Noria y que lo que ansiaba era el apoyo de la Nación para llegar á la Presidencia.

Si proclamaba en sus planes revolucionarios el principio de no-reelección, era porque comprendía que el pueblo consideraba peligrosa para los principios democráticos la reelección indefinida de los gobernantes, y que proclamando este principio, lo ayudaría en su lucha contra el gobierno, y eso

era lo que él buscaba por lo pronto, pues una vez en la silla presidencial, ya sabría bien conservarla, aun contra la voluntad nacional.

Si el verdadero móvil que lo guía para conservar la paz, fuera la conveniencia de la Nación, ¿por qué no puso su espada al servicio de Juárez y de Lerdo para haberla consolidado desde entonces? ¿por qué, en vez de observar conducta tan noble, fué el constante perturbador del orden, acarreado males sin cuento á la Patria?

La contestación á estas preguntas es sencilla:

La paz la conserva ahora con tan decidido empeño, no tanto por amor á la patria, sino porque es el medio más eficaz para conservar indefinidamente el poder.

¿Por qué no se preocupó por el crédito de la Nación cuando no era Presidente, y ahora es tan celoso de él?

Por la misma razón, porque el crédito en manos de sus antecesores, habría robustecido sus gobiernos y dificultado más quitarles el poder; y ahora que él lo tiene, necesita del crédito para afianzarse más y más en la silla Presidencial.

¿Por qué confiere puestos públicos á sus enemigos, y persigue á los que han sido sus amigos y profesan sus mismos principios democráticos?

Pues sencillamente porque el General Díaz no tiene pasiones políticas, y sólo considera como enemigos á los que pueden entorpecer sus proyectos, y amigos á todos los que le ayudan. Así, tan pronto como sus enemigos capitulan ó los ha nulificado, deja de considerarlos como tales y más bien procura atraerlos á su lado dándoles puestos públicos de importancia. En cambio, si sus amigos, por la rectitud en sus principios ó por su ambición personal, llegan á ser un estorbo ó una amenaza para su poder, deja de considerarlos como amigos y los persigue tenazmente hasta que los nulifica de cualquier modo.

De lo anteriormente expuesto, resulta que la idea fija del General Díaz, era, mientras no tenía el poder, conquistarlo

á toda costa, y una vez en su posesión, no desprenderse de él por ningún motivo.

Para la realización de esta idea, no vacilará en promover sangrientas revoluciones; en perdonar á sus enemigos desde que capitulen; en perseguir á sus amigos cuando constituyan un estorbo para sus fines; en engañar á la Nación y aun á los amigos que lo ayudaron en sus levantamientos.

Pero para conservar el poder en una Nación belicosa, se necesita no exacerbarla, y veremos como el General Díaz hará al país el mayor bien que pueda, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Medios de que se ha valido para conservar el poder.

Hemos encontrado cual es la idea fija del General Díaz, y cual es el móvil de todos sus actos; veamos de que medios se ha valido para conservar el poder por tantos años.

Desde luego puede afirmarse que cuando un pueblo se levanta en armas para conquistar un principio, el jefe de ese movimiento se haya investido de poderes dictatoriales, omnímodos, y como á ese jefe y al uso que hace de sus facultades debe la Nación el triunfo anhelado, resulta que deja al frente de sus destinos al mismo jefe con los mismos amplísimos poderes.

El hombre llegado al gobierno en estas circunstancias, se encuentra, por consiguiente, investido con los poderes más amplios que pudiera desear, afianzados por la simpatía del pueblo y su inmenso prestigio.

En tales circunstancias, esos hombres, si cumplen las promesas que hicieron á su patria, llegan á prestarle servicios de incalculable importancia; pero en la mayoría de los casos sucede que esos afortunados militares, una vez obtenido el triunfo, se sienten embriagados por la victoria y mareados por la adulación, y olvidan las promesas que hicieron á la patria, y olvidan que sus éxitos los debieron á la fuerza de los principios que proclamaban, á la fuerza de la opinión pública y á la ayuda del pueblo.

La historia nos presenta muchos casos de indeficiencias de esa naturaleza, habiendo tenido para los infidentes resultados diversos, según la conducta que observaron en el poder.

Cuando de un modo franco y audaz han intentado burlar las promesas hechas al pueblo, generalmente han caído bajo el peso de su desprestigio, como le pasó al General Comonfort, cuyo gobierno no pudo subsistir ni ocho días á su golpe de Estado; siendo que, cuando estuvo amparado por la legalidad y cumplió fielmente sus promesas contenidas en el Plan de Ayutla, su gobierno parecía incommovible. En cambio, cuando el afortunado militar que llega al gobierno de ese modo, tiene gran tacto, y respetando la forma va estableciendo su poder absoluto por medio de una red de funcionarios adictos, que se extiende invadiéndolo todo; cuando va usurpando una á una todas las funciones del poder; cuando va minando lentamente las instituciones sin que nadie se dé cuenta de ello y á la vez impulsa el desarrollo material para aturdir los espíritus, entonces puede establecer una dictadura estable y oprimirá á su patria cada vez más, sin que ella pueda darse cuenta, pues habrán desaparecido los que podrían guiarla; tanto sus escritores, sus pensadores, como sus caudillos, habrán sucumbido ante las seducciones del nuevo César, ó caído bajo el peso de su espada omnipotente.

No es grandeza de alma lo que se necesita para seguir esa conducta; sino astucia, paciencia, hipocresía.

Frecuentes ejemplos de esa naturaleza nos presenta la historia, pero el que tiene más semejanza con el método seguido por el General Díaz para absorber en sus manos todo el poder, lo encontramos en la vida de Augusto, que acabó con las libertades romanas á la vez que con las causas de su grandeza, y dió principio con su despotismo á la era de la decadencia de aquel gran imperio.

Tácito describe del siguiente modo los medios de que se valió Augusto para absorber todo el poder en sus manos:

“Desde que sedujo al soldado con dádivas; al pueblo con distribuciones de trigo; á todos por el encanto del reposo, principió á elevarse poco á poco y atrajo hacia á él todo el poder del Senado, de los Magistrados, de las leyes. Nadie se oponía: los republicanos más dignos habían sucumbido en las batallas y en las proscripciones, los nobles que subsistían se elevaban en riquezas y en honores á medida que aumentaba su servilismo; aquellos que habían sido elevados por los nuevos acontecimientos, amaban más el presente y su seguridad que el pasado y sus peligros.”

Tratando del mismo asunto dice Montesquieu lo siguiente:

“Augusto (este es el nombre que la adulación dió á Octavio), astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre.

“No es imposible que aquello que más le deshonraba, haya sido lo que le favoreció mejor. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera, pues en un Estado libre, en donde se acaba de usurpar la soberanía, se llama regla todo lo que puede establecer la autoridad sin límites de uno solo; y se llama disturbio, disensión, mal gobierno, todo lo que puede mantener la honrada libertad de los súbditos.”

Beule, en el “Proceso de los Césares,” comenta la política de Augusto de un modo magistral en las siguientes frases:

“Que Augusto haya desarrollado singularmente con su habilidad lo que yo llamo la *almohada política*, ese sentimiento suave, fácil, amable, que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios; que en los días de crisis y de peligro, en que es necesario mostrar que se tiene corazón, los dispensa también de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: “vivid tranquilos, ahí tenéis granos, tenéis juegos, la paz está asegurada, el templo de Jano está cerrado;” todo está muy bueno; pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso; pero también sabéis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre

todo, entre los amigos del príncipe.”

“En las épocas de conmoción y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se ve surgir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones más delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven más que un fin, la satisfacción de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el día que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinión, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer más divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta jerarquía, pues la depravación es una escuela terrible de ambición, de audacia y de servilismo.

“Los otros, mucho más numerosos, que son gentes bastante honradas; afemñados, más bien que delicados; más bien acomodaticios que convencidos; sin energía, si no es para el placer; egoístas y únicamente preocupados en su bienestar; amantes de la buena mesa; de los buenos teatros; de los paseos bien trazados; de las calles cómodas y tranquilas; que los molesta un pétalo de rosa en su cama; en una palabra, esos son los sibaritas; multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

“Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro; no piden más que la tranquila posesión de sí mismos y de sus más amables vicios. Estas gentes aman con pasión el despotismo, porque no quieren que se nuble su estado de satisfacción y de contento.”

Como se ve, el establecimiento del imperio que no pudo lograr César con toda su audacia, grandeza y gloria, lo obtuvo Augusto con su habilidad, astucia é hipocresía.

Por eso decíamos que las cualidades de Augusto son las más propias para establecer un gobierno absoluto en una

República, pues para llegar á ese fin se necesita no tener principios, saber ocultar constantemente su ambición, y poner por encima de los intereses de la patria la satisfacción de sus propias pasiones.

Ningún escritor reconoce grandes virtudes á Napoleón III, y sin embargo, logró establecer el poder absoluto en Francia, país republicano por excelencia y el más adelantado en el mundo en instituciones y prácticas democráticas. ¡Los franceses nunca se cansarán de lamentar las funestas consecuencias que trajo á su patria ese gobierno!

Esto viene á demostrar, que para un hombre en el poder, y sobre todo cuando ha ascendido á él por medio de una revolución, es relativamente fácil conservarlo si se empeña en ello y observa una política moderada, porque los pueblos cuanto más se civilizan, más huyen de las revoluciones, y prefieren soportar un gobierno relativamente malo á sufrir las desastrosas consecuencias de una revolución. Esto es cierto para los pueblos en su estado normal; en cambio, cuando son víctimas de convulsiones políticas ó acaban de sostener grandes guerras, raro es el gobierno estable, porque después de esas sacudidas quedan muchos gérmenes revolucionarios, muchos caudillos que premiar; en una palabra, la funesta plaga del militarismo; mientras que, por otra parte, existen pocos intereses cimentados á la sombra del gobierno constituido.

Para que un país en estado normal pueda renovar pacíficamente sus autoridades supremas, se necesita que quien lleva las riendas del gobierno tenga gran patriotismo, esté acostumbrado á respetar la ley, y que á ésta deba el poder, á fin de que pueda someterse en todos casos al fallo de la suprema ley de la opinión pública; ó bien, necesita tener una rara magnanimidad para no aceptar por más tiempo el gobierno, aunque tal sea el deseo de la Nación. De estos ejemplos encontramos uno grandioso en nuestras hermanas repúblicas de Sud América: en Bolívar, que por ningún motivo consintió en seguir al frente del gobierno y que contes-

tando á quienes sostenían que era necesaria para la patria su nueva reelección, dijo: "La nación cuya existencia depende de un solo hombre, no puede tener vida duradera". . . . y en nuestra vecina del Norte dos ejemplares no menos sugestivos: Washington, el héroe de la independencia americana, rechazando su segunda reelección, porque pretendía sentirse menos demócrata con ocho años de habitar la Casa Blanca, y Roosevelt, que prefirió la gloria de imitar el ejemplo del padre de la patria, en vez de seguir el consejo de sus amigos y los impulsos de su ambición personal.

Ejemplos de esta naturaleza son cada vez más frecuentes en las naciones civilizadas, en donde todos respetan la ley y en donde impera la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza, como en los pueblos atrasados.

Aun en la mayoría de las repúblicas Centro y Sudamericanas, presenciamos esos cambios pacíficos, y en Europa se ha desmembrado un reino (el de Suecia y Noruega) sin efusión de sangre.

Por lo visto, es más fácil de lo que parece conservar el poder, sobre todo, cuando se ha llegado á él de un modo violento.

Las razones de esto son las siguientes: en todo pueblo, por más avanzado que se encuentre, no son muchos los pensadores, escritores, estadistas, militares, que dirigen la opinión pública, y de éstos, la mayoría no son de principios tan rectos ni tan acendrado patriotismo, que rechazen perseverantemente las prodigalidades del Jefe del Gobierno y prefieran ser víctimas de toda clase de persecuciones, dando por resultado, que es fácil seducir á la mayoría; en cuanto á la minoría, todo se reduce á saberse deshacer de ella aprovechando la época de entusiasmo y proceder con gran habilidad y paciencia, resultando que, cuando la Nación quiera darse cuenta de ese hecho, será porque todos los ciudadanos rectos, dignos é incorruptibles que podrían servirle de guías, han desaparecido, y ella misma se encontrará

maniatada á los pies del ídolo elevado por sus propias manos.

Política centralizadora.

Una vez expuesto lo anterior, veamos como llevó á la práctica el General Díaz estos principios generales para llegar á centralizar en sus manos la mayor suma de poderes que envidiaría el monarca más autocrático.

Desde luego observamos en su gobierno el sello de la idea fija que le conocemos; desde que ocupó la silla presidencial, todos sus actos han tendido á asegurar su permanencia en ella; pero no ha ido á su objeto brutalmente y con audacia, sino que ha procedido con cautela suma, valorizando con calma la importancia de los obstáculos que se atravesaban en su camino, los cuales procuraban más que vencer, hacer á un lado. En cuanto á las personas que se oponían á su política, siempre ha principiado intentando seducirlas, ofreciéndoles puestos públicos de importancia, ó proporcionándoles el modo de enriquecerse fácilmente; sólo con los irreducibles, con los que no han querido doblegarse y han rechazado toda capitulación, ha empleado el rigor: á unos los hizo abandonar el suelo patrio; otros lo abandonaron por sí sólos; algunos fueron nulificados, valiéndose para ello de una paciencia, de un arte en el que nadie le supera; por último, algunos, los menos por cierto, han desaparecido de la escena política por medio de procedimientos cuya legalidad es muy discutible.

Por este motivo se ha descrito gráficamente la política del General Díaz en dos palabras: «pan ó palo,» y el notable tribuno y escritor, Ing. Francisco Bulnes, la ha condensado en su célebre frase: «El mínimum de terror y el máximium de benevolencia.»

Esta habil política, seguida con constancia, ha dado por resultado que todos los hombres de prestigio que podrían hacerle alguna sombra y servir de guías al pueblo, han desaparecido del campo de la oposición para ir á engrosar las

filas de los presupuestívoros; ó bien, decepcionados, se han retirado á la vida privada.

Como al General Díaz siempre ha importado que no se opongán á su política personal, ha sido sumamente tolerante en cuestiones de principios, y con los brazos abiertos recibe en sus filas á liberales y conservadores, empleando la política de conciliación con el clero, que ha dado muy buenos resultados en el sentido de borrar odios antiguos; pero en cambio, ha sido irreconciliable con quienes han seguido siendo partidarios del hermoso ideal por él mismo proclamado en el plan de Tuxtepec: la no-reelección.

El General Díaz ha debido emplear mucha habilidad para llegar á los resultados que ahora palpamos.

Sus primeros pasos en el poder fueron para cumplir los ofrecimientos que hizo á la Nación, y desde luego se ocupó en expedir las proclamas y decretos necesarios á fin de reformar la Constitución en el sentido indicado; pero esa reforma no fué franca; el General Díaz no se atrevió, —quizás porque no se sentía bastante fuerte— á burlar al pueblo desde luego, y le pareció prudente esperar; por lo pronto, al hacer la reforma dejó una puerta abierta para volver al poder.

El artículo 78 quedó reformado en los siguientes términos: «El Presidente entrará á ejercer sus funciones el 1º de Diciembre y durará en su encargo cuatro años, no pudiendo ser reelecto, SINO CUATRO AÑOS DESPUÉS DE HABER CESA-DO EN SUS FUNCIONES.»

Una vez llevada á cabo esta reforma á la Constitución, en un sentido que le permitiría volver á la Presidencia, se ocupó en preparar lo mejor posible el terreno, influyendo para que los puestos de Gobernadores en los Estados fueran ocupados por amigos suyos de los más adictos, y empezando á promover la construcción de ferrocarriles, que derramarían cierto bienestar y le facilitarían el modo de mandar prontamente sus ejércitos á las más lejanas regiones del territorio nacional; para sofocar cualquiera tentativa revolucionaria.

Con sus grandes dotes administrativas, procuró reorganizar la Hacienda, pero no pudo desde luego nivelar los presupuestos.

Durante ese período, con la aureola de popularidad que se había creado, no necesitó perseguir á la prensa, pues fácilmente atrajo á los escritores que sostenían la administración anterior, puesto que siempre son venales los escritores gobiernistas; además, contaba con el apoyo decidido de toda la prensa independiente, que en el terreno de las ideas le fué un poderoso auxiliar para su lucha contra la administración del señor Lerdo.

En los Estados tampoco encontró grandes dificultades para obtener cambios favorables á sus proyectos, porque el prestigio de la victoria le allanaba todos los caminos, sobre todo, para hacer á un lado el elemento lerdista.

Durante su primer período, uno de los sucesos más notables fué la contra-revolución iniciada por el General Escobedo con tan mal éxito, que antes de disparar un tiro había caído en manos del General Díaz, que se contentó con procesarlo y nulificarlo. El General Escobedo fracasó, porque no tenía ni la audacia ni la astucia necesarias para ser revolucionario. El sólo sabía atacar de frente á los enemigos de su patria, y su grande alma no estaba educada para promover guerras fratricidas.

Otro acontecimiento más trágico y de resultados trascendentales, fué el fusilamiento de varios jóvenes en Veracruz, únicamente por sospechar el Gobierno que intentaban levantarse en armas.

Como hemos querido dar á este trabajo un tono moderado, nos abstenemos de narrar ese sangriento episodio con todos sus detalles y de comentarlo, pues difícilmente podríamos reprimir los impulsos de nuestra indignación.

Sólo diremos que ese acontecimiento ha influido grandemente para infundir el terror más vergonzoso en las multitudes, y ha paralizado los esfuerzos de los buenos hijos de

México, celosos de sus derechos y amantes de sus libertades.

* * *

El General Díaz, acababa de reformar la Constitución en el sentido de la no-reelección y le era imposible reelegirse de nuevo, pero como había dejado una puerta abierta para volver á la Presidencia, quiso aprovecharse de ella.

Para lograr ese objeto, le era preciso dejar por sucesor á uno que le debiera todo y no tuviera grandes méritos, á fin de estar seguro de su adhesión y de que en ningún caso le sería un competidor peligroso.

En el General Manuel González, que no tenía más mérito que el de haber cooperado muy eficazmente al triunfo de las armas tuxtepecanas en la batalla de Tecuac, encontró la persona deseada.

El General Manuel González era el tipo del militar audaz y caballeroso; leal con sus amigos y franco en su trato con todos, así como en los actos de su administración. Esto le convenía al General Díaz, porque en la palabra de un hombre tal podía confiar y estar seguro de que fielmente cumpliría el pacto celebrado entre ambos para alternarse en la Presidencia.

En cambio, á la Nación no le convenía el nombramiento del General González para Presidente, pues no era sino un soldado audaz sin ningún prestigio ni méritos como estadista, según lo demostró con el desbarajuste de su administración, que permitió la improvisación de enormes fortunas.

Los acontecimientos más notables durante su administración, fueron los motines populares provocados con motivo de la emisión del

niquel, y las tempestades levantadas en las Cámaras porque el Gobierno pretendía reconocer la deuda inglesa.

Administración del General González.

Poco antes de terminar su período presidencial, reformó la Constitución con el objeto de que los periodistas, en vez de ser juzgados por jurados, lo fueran por jueces, es decir, administrativamente, puesto que éstos son nombrados por el Gobierno del Centro, á pesar de disponer otra cosa la Constitución. Prácticamente quedó la prensa á merced del Gobierno.

La administración del General González se hundió en el desprestigio más absoluto.

Vuelve á la presidencia el General Díaz.

Sin embargo, su círculo de amigos le instaba á reelegirse, pero él no quiso faltar á la fe de su palabra y volvió á entregar las riendas del poder al General Díaz, que fué electo Presidente de la República, porque, además de estar apoyado por el elemento oficial, contaba con las simpatías de la Nación, pues comparado el desbarajuste de la administración del General González con la anterior del General Díaz, resaltaba más el relativo orden de ésta, y todos esperaban como un salvador al General Díaz, que con beneplácito de la Nación volvió al poder.

Sin embargo, á pesar de que la Nación aceptaba gustosa su nuevo Presidente, no se verificaron elecciones en regla: de igual manera se había hecho para nombrar al General González.

¿A qué atribuir esta pasividad de la Nación?

La razón es muy sencilla.

Cuando estaba en el poder el señor Lerdo, existían dos grandes partidos políticos: los Lerdistas representando al Gobierno constitucional, y los Porfiristas que hacían la oposición por cuantos medios tenían á su alcance, inclusive el de las armas.

El partido Porfirista llegó á ser el más popular, porque hacía los ofrecimientos más halagadores á la Nación, y al fin triunfó; pero este triunfo se obtuvo con las armas en la mano, y la organización del partido Porfirista se resintió de

ello, llegando á estar constituido como un gran cuerpo de ejército obediente á la consigna.

El gran defecto de los partidos personalistas consiste en que, una vez obtenido el triunfo, nadie vuelve á ocuparse de la cosa pública, dejándolo todo en manos de su jefe y limitándose á obedecer sus órdenes sin discutirlos, principalmente cuando el triunfo se ha obtenido por la fuerza de las armas.

El triunfo del Porfirismo acabó muy pronto con el partido Lerdistas, pues el General Díaz con su hábil política, logró seducir á la inmensa mayoría de los Lerdistas, y los pocos que permanecieron fieles, no pudieron organizar ningún movimiento democrático, porque era temeridad intentar ese sistema contra una dictadura militar naciente, que no vacilaba en recurrir á medidas de terror para consolidarse, como lo demostraron los fusilamientos de Veracruz.

Por este motivo el General Díaz no encontró ninguna oposición para volver al gobierno, ni hubo elecciones en regla. Cuando volvió al poder ya estaba más acostumbrada la Nación al régimen tuxtepecano.

Ocho años de paz y la construcción de algunas vías férreas, habían traído cierto bienestar á la Nación, por el dinero despararramado y por la nueva vida que sentían las industrias y el comercio.

Se iniciaba con los ferrocarriles la nueva era de progreso material que ha invadido á todo el mundo civilizado.

La Nación, cansada de tantas revueltas y habiendo empezado á sentir el bienestar que trae la paz, se adormeció con el ruido atronador de los ferrocarriles, las industrias y la actividad comercial; sintió que nueva savia recorría por sus venas y la dejó ejercer saludable influencia en su debilitado organismo.

No volvió á ocuparse en la cosa pública, dejando todo el poder en manos de su Caudillo, en cuyas promesas confiaba.

Circunstancias tan especiales, permitieron al General Díaz

preparar á la sordina su reelección, principiando por ejercer presión en los Estados, para que resultaran electos Gobernadores adictos á él.

Tuvo más dificultad para sustituir á los Gobernadores francamente Gonzalistas, que reconocían al General González como jefe y abrigaban esperanzas de verlo de nuevo en el poder, que para remover á los Lerdistas, sin jefe y sin ningún apoyo; así es que por sí solos cayeron al triunfar la revolución de Tuxtepec.

En los Estados donde encontraba esas dificultades, buscó cualquier pretexto ó hizo que sus amigos promovieran algún disturbio, para declarar aquéllos en estado de sitio y después verificar las elecciones bajo la presión de sus bayonetas y según sus deseos.

De este modo fueron nombrados los gobernadores de Coahuila, Tamaulipas y otros muchos, notablemente el de Nuevo León, pues desde esa época es gobernador de aquel Estado el General Bernardo Reyes, que tomó por asalto á Monterrey.

Con tal política, logró que todos los miembros del Congreso y del Senado, así como la mayoría de los Gobernadores, fueran de sus INCONDICIONALES, y entonces reformó de nuevo la Constitución; pero á fin de no alarmar á la República ni á muchos de sus amigos que también codiciaban la silla presidencial, se reformó en el sentido de que sólo una vez podía ser reelecto el Presidente de la República. A la vez quedaron facultados los Gobernadores de los Estados para reformar las Constituciones locales en el mismo sentido.

El pacto estaba celebrado.

El General Díaz apoyaría á los Gobernadores para que se reeligieran indefinidamente, y éstos lo sostendrían contra todo viento y marea en la silla presidencial.

Desde esa época se han perpetuado en el poder tanto el General Díaz, como la inmensa mayoría de los Gobernadores.

Raros han sido los cambios entre estos últimos. Casi el único factor que los ha determinado, es la muerte, único elemento anti-reeleccionista que subsiste en la República.

Los cambios debidos á la opinión pública son rarísimos; más allá nos ocuparemos de ellos.

Los Gobernadores siguiendo la misma política del General Díaz, han nombrado á la vez Jefes Políticos ó Presidentes Municipales que se han perpetuado en el poder, constituyendo verdaderos cacicazgos.

De esa manera, prácticamente se ha centralizado el poder y concentrado en manos del General Díaz, pues desde el momento en que los Gobernadores deben á él su puesto, así como las autoridades inferiores, verifican las elecciones á su gusto y para la elección de Diputados, Senadores, Magistrados, etc., sólo se consulta la opinión presidencial.

Por tal motivo, entre los políticos se designa familiarmente al General Díaz con el nombre de "El Gran Elector."

La imprenta, el cuarto poder en los pueblos libres, fué amordazada con la ley expedida durante la administración del General González.

De esta ley no podemos hacer responsable sino al General Díaz que fué quien se aprovechó de ella, pues fué expedida por el General González poco antes de dejar el poder. Además, si el General Díaz no la hubiera aprobado, fácil le habría sido derogarla.

Uno de los actos del General Díaz fué limpiar los caminos de salteadores, y para abreviar los procedimientos, se puso en vigor «la ley fuga,» según la cual, los conductores de algún delincuente tenían instrucciones de hacer fuego contra él al notar que intentara fugarse.

Procedimientos tan someros, limpiaron muy pronto al país de bandidos; pero dió tan buevos resultados, que se siguió aplicando el mismo procedimiento á todos los descontentos y amantes de la libertad, que en su limitada esfera, protestaban contra las arbitrariedades de los caciques.

¡Cuántas infamias quedaron sepultadas en las encrucijadas de los caminos!

¡Cuántos oscuros mártires inmolados por su amor á la libertad!

* * *

Con esta serie de medidas y debido principalmente á las razones antes expuestas, la Nación estaba tranquila y dejaba toda libertad de acción al General Díaz, quien, para obligar á sus turbulentos compañeros de armas á guardar la misma tranquilidad, tuvo que recurrir á otros medios.

A los más les dió empleos de importancia en su administración ó los hizo elegir Gobernadores de Estados, puestos considerados como filones inagotables, que con gran habilidad han sabido explotar en su provecho personal.

A otros les daba concesiones que, si eran ruinosas para la Nación en la mayoría de los casos, en cambio para los concesionarios constituían fuentes inagotables de riquezas.

Casi todos los terrenos nacionales han sido repartidos de esa manera, logrando hacer riquísimos á sus dueños, sin dejar casi ningún producto á la Nación, que tan bien podía haberlos utilizado fundando colonias de agricultores para fomentar la inmigración.

Con esta táctica logró enriquecer á sus compañeros de armas y tenerlos tranquilos, pues el elemento antirevolucionario por excelencia, es la riqueza,

Sin embargo, no todos sus amigos se contentaban con tener riquezas; algunos de ellos aspiraban á la Presidencia de la República, ó por lo menos no estaban conformes con la reelección indefinida del General Díaz. Estos fueron vigilados cuidadosamente y como resultado de tan estricta vigilancia, parece que fué descubierta una conspiración encabezada por el General García de la Cadena.

No se supo más, sino que este General fué fusilado en el Estado de Zacatecas sin formación de causa.

Este General había sido de los que combatieron al lado del General Díaz contra la administración Lerdistista.

¿Cómo comentar ese acto?

¿Sería necesario para consolidar la paz, como dicen los partidarios de la actual administración?

Pero ¿no había leyes para juzgarlo?

¿Qué, habiéndolo encerrado en alguna fortaleza por unos seis ú ocho años, no se hubiera obtenido el mismo resultado?

De cualquier modo que sea, la causa del General García de la Cadena gozó de pocas simpatías en la República, pues todo el mundo se estremecía al anuncio de una revolución.

El país había gustado los beneficios de la paz y quería conservarla indefinidamente.

Ciertamente, empezaba á sentirse la necesidad de un cambio en las esferas del poder: pero la Nación entera deseaba desde entonces un cambio pacífico por los medios legales. Estaba desengañada: nunca le habrían de cumplir sus promesas los caudillos cuando con las armas ascendieran al poder, y una revolución siempre llevaría á tan alto puesto, al afortunado militar que la consumara. Estos nunca darán libertades á la República, y lo único que se podrá esperar de ellos, es una buena administración y que no hagan sentir demasiado el filo de su sable.

En este sentido, no es fácil encontrar un militar que supere al General Díaz, pues su gran moderación en el poder, es admirable y difícil de igualar.

Quizás para el cumplimiento de los inescrutables designios de la Providencia haya sido necesario que fuésemos gobernados por un militar con mano de hierro para sofocar las ambiciones de los de su género y acabar con el germen del militarismo, siempre tan funesto para la República.

El General Díaz ha prestado dos grandes servicios á la Patria: acabar con el militarismo que perdió ya su falso brillo y su engañoso prestigio en treinta años de paz, y borrar

los odios que dividían á la gran familia mexicana, por medio de su hábil y patriótica política de conciliación, y aunque él se haya apoyado en esta política para conservar el poder, no por eso pierde su mérito, sino al contrario, da testimonio de él el éxito obtenido.

Parece que todo, hasta la misma fatalidad, ha concurrido allanando al General Díaz los obstáculos para desarrollar su plan.

Prácticamente había logrado seducir ó amordazar á la prensa; los antiguos partidarios del señor Lerdo ocupaban puestos de importancia en su gobierno, ó se habían retirado á la vida privada; los militares capaces de levantarse en armas eran estrechamente vigilados ó estaban á su lado ocupando puestos de confianza; los demás, como Escobedo, habían sido nulificados; otros se encontraban proscritos, como el General Ignacio Martínez, que desde Laredo, Texas, atacaba por la prensa al Gobierno, y cuyos ataques fueron suspendidos por la muerte que encontró en manos de misteriosos agresores; la Nación adormecida con el progreso material, estaba tranquila. Sólo quedaba un jefe de prestigio entre los que no habían manchado su hoja de servicios en la revolución; ese jefe, gobernando con acierto el Estado de Jalisco y rodeado de una aureola de gloria que no había logrado disipar el tiempo, se erguía potente ante el General Díaz; las miradas de los amantes de la libertad se dirigían ansiosas hacia su épica figura, y toda la Nación esperaba que el General Corona, sería el único que podría contrabalancear el poder creciente del General Díaz.

Parece que esas miradas ansiosas empezaban á cristalizarse en hechos y se principiaba la organización de trabajos democráticos para lanzar la candidatura del General Corona para Presidente de la República; pero cuando los pueblos abdicán sus libertades, la fatalidad los persigue, quizás con el objeto de castigarlos duramente por su criminal indiferencia; el hecho es que ese hado terrible quitó á la Patria el

único hijo en quien cifraban todas sus esperanzas los amantes de la libertad.

El hecho brutal se consumó por un maniático, que hundió su acerado puñal de doble filo en el pecho de nuestro héroe, privándolo de la existencia.

El asesino muy pronto pagó la inmensa deuda acabada de contraer: á pocos pasos del lugar en donde yacía su víctima, encontró la muerte, cayendo al golpe de la misma cortante y misteriosa daga que con tan siniestra destreza acababa de manejar para quitar á la Nación Mexicana uno de sus hijos más preclaros, de sus héroes más caballerosos, nobles y leales, en quien un valor legendario, una magnanimidad sin igual y un talento despejado, se unían á un corazón límpido como el cristal.

El recuerdo de este héroe querido, á cuya memoria tributamos este débil homenaje, nos aleja de nuestra narración. Volvamos á ella.

Hemos visto que la serie de medidas tomadas por el General Díaz, eficazmente secundado por la Nación y por las circunstancias especiales que lo rodeaban, dieron por resultado afirmar la paz.

Pero el General Díaz no se contentaba únicamente con ese objeto; no le bastaba reprimir con mano de hierro cualquier intontona revolucionaria, sino que tampoco permitía que se desarrollara ningún movimiento democrático, ni general en la República, ni local en los Estados, como lo demuestran la suerte del naciente Partido Liberal, muerto en su cuna con los atentados de San Luis Potosí, y la de los movimientos locales en algunos Estados para sacudir el pesado yugo de sus déspotas, cuyos movimientos fueron sofocados por medio de la fuerza.

* * *

Hemos visto los principales medios de que se valió el General Díaz para consolidar su gobierno; veamos ahora como

obraron sobre el organismo de la Nación, para adormecerla y hacerle perder sus más caras libertades.

El principal resultado obtenido con las diferentes medidas ya expuestas, fué la consolidación de la paz; ésta, mecánica y artificial al principio, daría, al prolongarse, determinados frutos.

Habiéndose logrado este objeto, la agricultura, la minería, la industria y el comercio pudieron desarrollarse libremente; los capitales antes ocultos, fueron invertidos en el desarrollo de diferentes empresas, y se principió á sentir una oleada de bienestar en la República.

A la vez que aumentaba el comercio, aumentaban las entradas al tesoro nacional, lo que le permitía atender á sus gastos más urgentes.

Sin embargo, necesitaba hacer uso del crédito de la Nación para emitir empréstitos que le permitieran el desarrollo de las riquezas públicas y la consolidación de su gobierno.

Ninguno de los anteriores, ni el de Lerdo ni el de González, había podido conseguir tal objeto, porque la primer exigencia de los capitalistas extranjeros, era que el Gobierno Mexico reconociera la Deuda Inglesa, y no pudieron hacerlo, porque el pueblo en masa se oponía á ello por medio de manifestaciones públicas y de sus representantes en el Congreso.

El mismo General Díaz calificaba de inmoral é injusto el reconocimiento de tal deuda, en su proclama de Tuxtepec.

En realidad se trataba de una deuda injusta, y el intento que hicieron los Gobiernos de Lerdo y de González para reconocerla, les acarreó tormentas populares y en las Cámaras, que les hicieron desistir de sus propósitos.

A pesar de ello, cuando el General Díaz comprendió que la opinión pública ya no se atrevería á manifestarse, y que las Cámaras acatarían sin murmuración sus órdenes en asunto tan delicado, reconoció la famosa Deuda Inglesa.

Situación tan bonancible y el reconocimiento de esa deu-

da, aumentaron el crédito de la República en el extranjero, y el gobierno del General Díaz aprovechó esta circunstancia para emitir frecuentes empréstitos.

Aunque según se dice, parte de éstos fueron derrochados ó repartidos en forma de comisiones, indudablemente la mayor parte se invirtió en obras públicas, sobre todo, en la construcción de puertos, ferrocarriles y otras vías de comunicación.

Los ferrocarriles principalmente, derramaron mucho dinero en el país, aumentando el bienestar económico por lo pronto, é impulsando después todas las fuentes de riqueza nacional.

En el extranjero se traducía esta prosperidad creciente por aumento de crédito, del cual ha seguido haciendo amplio uso el gobierno del General Díaz, al grado de que ahora gravita sobre la Nación una deuda enorme.

Con el producto de esos empréstitos se siguieron desarrollando nuestras redes ferroviarias y aumentando las facilidades en nuestros puertos, siguiéndose así un encadenamiento de causas y efectos que han tenido por resultado un progreso real en cuestiones económicas, puesto que se ha multiplicado prodigiosamente la riqueza nacional.

Este movimiento portentoso, tendiendo á restañar la sangre que aún manaba por las heridas abiertas en las últimas guerras fratricidas y á dar nueva vida á la República, absorbió toda la atención de los mexicanos, que con ahinco se dedicaron al trabajo, habiéndose acostumbrado á él á tal grado, que ahora prefieren el arado á la bayoneta.

La Nación, adormecida con el ruido de los silbatos del vapor; deslumbrada con las múltiples y admirables aplicaciones de la electricidad; ocupada por completo en su desarrollo económico, fiada en la palabra de su Caudillo, no volvió á ocuparse en la cosa pública.

Las débiles voces de la prensa independiente no lograban hacerse oír en medio de aquel ruido atronador. Todos pen-

saron en enriquecerse; poquísimos se preocupaban de sus derechos políticos.

El General Díaz, en quien tanto fiaba la Nación, aprovechó esa confianza para afirmarse más y más en el poder; las riquezas que derramaba á manos llenas, aumentaban los intereses creados á su sombra; la indefinida reelección de los Gobernadores hacía que su administración echase hondas raíces, y todas ellas han sostenido y vigorizado su poder absoluto.

Entretanto, él no perdía de vista la idea fija que siempre había acariciado y que ya le conocemos.

Por este motivo vemos que, cuando toda la Nación piensa en su progreso económico y olvida por completo la funesta costumbre de las revoluciones, sólo él se prepara sordamente á la guerra, aumentando el efectivo del ejército, dotándolo de armamento más moderno, acumulando cerca de él los elementos de destrucción más eficaces y almacenando cañones de todos los tipos, sobre todo del de montaña, propio en las guerras civiles.

Podría creerse que estos armamentos tienen por objeto preparar la defensa nacional contra algún ataque eventual de nuestro poderoso vecino del Norte; pero no es así, pues la principal defensa contra esa nación tan poderosa, sería estrecharnos todos los mexicanos en abrazo fraternal, en respetar nuestros mutuos derechos, en trabajar todos unidos por levantar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, haciéndolo más fuerte por medio de la instrucción, más digno por medio de las prácticas democráticas, más patriota con la conciencia de sus propios derechos, más hábil en la guerra por medio de una educación militar adecuada, y nada de esto ha hecho el General Díaz; lo único que le ha preocupado es sostenerse en el poder. Por este motivo ningún punto estratégico de las fronteras del Norte se encuentra fortificado, porque quiere tener los cañones cerca de él, en la misma capital de la República, como el mejor auxiliar de sus bayonetas.

En una palabra, el General Díaz ha reconcentrado en sus manos un poder absoluto, para lograr sostenerse en el gobierno. Sólo de este modo ha podido gobernar á la República según su voluntad y sin respetar la libertad de imprenta, que podría despertar al pueblo y dirigir la opinión; el derecho de reunirse en clubs, porque podrían serle hostiles; la soberanía de los Estados, porque mandarían Diputados y Senadores independientes, y elegirían Gobernadores no tan complacientes para obsequiar sus deseos manifiestos y aun los que él mismo no se atreve á manifestar.

La República se dió cuenta de esa situación cuando pasó la influencia del primer entusiasmo causado por la nueva era de progreso material; pero ha comprendido que para conquistar sus derechos necesitaría emprender una sangrienta revolución para derrocar al General Díaz, que difícilmente se resolverá á permitir que por medios legales se le quite un poder conquistado por él en Tecuac con la punta de su espada.

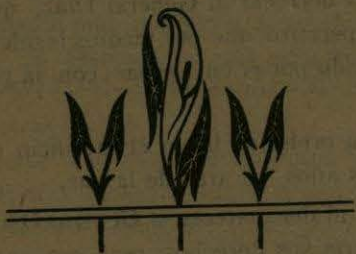
La Nación ha preferido hacer el sacrificio de sus libertades por algunos años, en aras de la paz.

Confiaba que al desaparecer el General Díaz de la escena política recobraría sus derechos; pero esa esperanza se ha desvanecido desde la creación de la Vicepresidencia, que tiene por objeto visible proteger los intereses creados á la sombra de la actual administración y no permitir al pueblo que recobre sus libertades, á fin de perpetuar en el poder al grupo que rodea á nuestro actual mandatario.

La Nación se contentaría por ahora con nombrar al Vicepresidente, que indudablemente será el sucesor del General Díaz, porque su avanzada edad hace muy probable que no llegue con vida al año de 1916, fin del próximo período presidencial.

Para lograr aunque sea esa débil concesión, parece que el país está resolviéndose á sacudir su letargo; pero el despertar de los pueblos suele ser tormentoso, y á nosotros, que

pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el anchuroso camino de la democracia, á fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de las revueltas y guerras intestinas.



CAPITULO III

EL PODER ABSOLUTO

Ya hemos visto de que medios se ha valido el General Díaz para establecer en nuestra patria ese régimen tan contrario á las aspiraciones nacionales, expresadas de un modo terminante y grandioso en nuestra Constitución de 57.

Las grandes faltas cometidas por el General Díaz para lograr su objeto, deben imputarse á él personalmente.

Sin embargo, estas faltas son sin importancia comparadas con las funestas consecuencias que el régimen del poder absoluto ha acarreado sobre nuestra patria.

No estudiaremos tales consecuencias sino en el próximo capítulo, porque antes de entrar de lleno en la cuestión, nos ha parecido conveniente estudiar el poder absoluto en términos generales, para después aplicar á nuestra situación las deducciones que resulten de nuestro estudio